OREMOS

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS

6

OREMOS

En los temas anteriores hemos ido haciendo camino por la Eucaristía, descubriendo y profundizando el sentido de sus momentos, de sus palabras, de sus gestos. Hoy queremos detenernos en una invitación que recibimos varias veces en la Misa: Oremos al Señor...

Cuando estamos en peligro, nos surge casi espontáneamente decir: oremos para pedir auxilio. Cuando la alegría nos desborda, nuestro gozo nos lleva a decir: oremos y bendigamos a Dios. Cuando nos rodea la incertidumbre y el desconcierto, con mucha razón decimos oremos para recibir la luz. Cuando nos reunimos para alabar a Dios y para agradecer su bondad, también nos surge desde el corazón esta palabra: oremos, hagamos oración, dirijamos nuestros pensamientos y nuestros afectos al buen Dios.

Oremos, nos dice el sacerdote varias veces. Y nos hace tan bien dirigir a Dios nuestra palabra y poner en Él nuestra mirada. Nos hace bien porque de otro modo la palabra se nos queda enredada en las entrañas. Y muchas veces nos dejamos llevar por nuestros caprichos sin hacer lo que Él nos pide. Sin contemplar a Dios nos desorientamos invariablemente.

Oremos. Y de esta manera continuamos con la costumbre tan reiterada de Jesús que habla con su Padre Dios en todo momento: en la sinagoga y en el camino, en el templo y en el hogar, sólo en la montaña o rodeado de multitudes, en los momentos de aflicción y en los instantes de gozo.

Orar es una de las acciones que distingue a los cristianos. Y tal como nos enseña San Pablo, quisiéramos "orar en todo momento" (Romanos 12, 12). Posiblemente uno de los males de nuestro tiempo es que muchos de nosotros hemos abandonado esta práctica de la oración.

Por eso nos hace tan bien que en nuestra Eucaristía una y varias veces el sacerdote nos invite a orar. Sin duda no sólo aquí. En todas partes. Pero también aquí en comunidad.

Oremos, dice el sacerdote al comienzo, y deja un momento de silencio. *Oremos hermanos,* invita después de presentar el pan y el vino. Oremos, dice también, después de la comunión y recita la última oración de la Misa. Si nos fijamos bien, los tres "oremos" se dicen en momentos conclusivos.

La primer invitación a orar encabeza la Oración Colecta. Con ésta concluye la primera parte de la Misa, dedicada a la acogida de la comunidad y a la preparación

para la Eucaristía. La oración se llama "colecta" porque recoge los sentimientos y peticiones de una comunidad que empieza a celebrar.

El "oremos" final, que introduce la oración "después de la comunión", recoge lo que juntos hemos orado, entre silencios y cantos, mientras nos acercamos a comulgar. Siempre esta oración hace referencia a la Eucaristía celebrada o a la comunión recibida, prolongando nuestra Misa más allá de la celebración que termina.

Oremos –se nos invita– y siempre sigue un momento de silencio. Ese es un tiempo que se nos regala para que, en la oración del corazón, que sólo Dios escucha, formulemos nuestras peticiones y alabanzas para ese momento de la Misa en que nos encontramos.

Pero "oremos" es también una pedagogía de la vida: oremos dice el padre y la madre de familia antes de bendecir la mesa; oremos nos dicen al terminar la jornada, mientras enseñan a sus hijos el Padre Nuestro, el Ave María, y el "Angel de mi guarda dulce compañía"…

"Oremos" es una hermosa invitación que deberíamos repetir con más frecuencia. De esa manera aprenderemos a poner toda nuestra vida en Dios. Y a invocar su presencia en todo lo que somos y tenemos. Lo importante es orar. Orar siempre. Orar con el canto, con el silencio, con el gesto y la palabra. Orar sin desfallecer.

Sugerencias:

1. Canto: "Vuelvan los ojos hacia el Señor".

2. Dejar un silencio prolongado, en la Misa, después de cada "oremos", recordando que es el momento para que cada uno haga la oración del corazón. Hacerlo, por esta vez, también antes de la Oración "Secreta".